

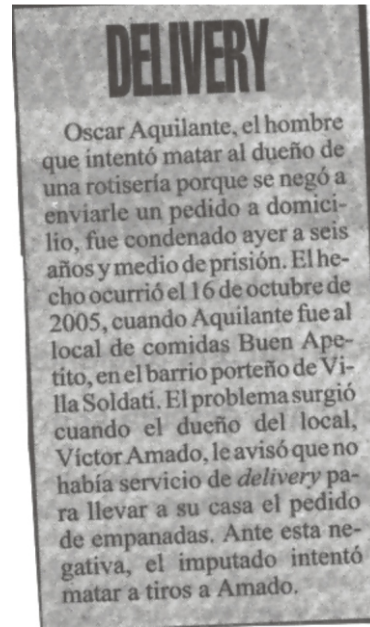
Sólo Empanadas

A Oscar siempre lo habían tenido de punto. Primero su madre. Que “andá y traéme el pan y no te olvides de decirle a don Francisco que no te ponga los miñones quemados, que a tu padre no le gustan”. Que “decíle a don Jorge que los churrascos estaban duros, que esta vez te dé de la carne esa que guarda para sus clientas copetudas”.

Después su primera novia. “Bichi ¿no me traerías los apuntes, que no pude ir al cole hoy? Ah, y mamá pregunta si no le podés hacer el favor de correr la heladera de lugar cuando vengas el sábado”.

Dos semanas después de casarse se dio cuenta de que ni siquiera su esposa tendría reparos en abusar de su naturaleza servicial. De lucirse algún sábado a la noche con un plato preparado con detalle, pasó a tener que ocuparse él mismo de la cena de ambos, apenas llegado de sus once horas de oficina y mientras su mujer se depilaba delante del televisor.

Seis años más tarde la mujer de Oscar se iba a vivir



con un levantador de quiniela del barrio que la fajaba si las milanesas se le quemaban.

Un domingo a la noche, instalado delante del televisor de segunda mano, con una botella de cerveza helada y listo para ver el partido, marcó el número de la rotisería y se pidió media docena de empanadas de carne.

Diez minutos después lo llamaron para avisarle que el pibe de la moto había faltado y que no podían hacerle el envío. Oscar se levantó, resopló, se puso los zapatos, encendió un cigarrillo negro y salió.

El tipo de la ambulancia que cargaba el cuerpo agujereado del dueño de la rotisería no tendría más de 25 años y parecía contento con la vida. El policía que le ponía las esposas, después de haberle quitado el revólver sin que él ofreciese resistencia, pensaba en la grande de muzzarella gratis que se iba a clavar con los muchachos después del operativo.

Adrián DRUT

Nocturno

Se lanzó desde el final del salón como un suspiro, como una exhalación. Liviano, húmedo, hondo. La mente fija en la silueta de la mujer que suavemente se mecía sobre un taburete en la penumbra de un blues solitario, velada por las bocanadas de los cigarrillos.

No encontraba un camino directo. El espacio estaba congestionado por gruesos cuerpos expectantes, depositados de a montones sobre las sillas esparcidas alrededor de las mesas. Maletines negros y botellas vacías en el piso. Una sola idea: acercarse lo más posible a la mujer y desenvainar su odio,

empuñar su dolor, fulminarla con sus punzantes rayos oculares. Avanzó un poco más, áspero, impreciso, imprudente. Como un jadeo.

Con la punta de los dedos limpió sus lagrimales y apuntó hacia ella. Disparó. Una, dos, tres... dieciocho miradas enceguecidas y llameantes. Ni una sola vez dio en el blanco.

Salió a la calle. La noche hizo una arcada, como de bostezo, y lo tragó con niebla y todo.

Nora MARTINEZ



“La espera” - Daniel GALLARDO

Viernes sangriento

Teníamos representantes de todo el país. Estaba el comandante Garmendía, que venía de Chaco. Él no estaba de acuerdo con el procedimiento, pero creía que algo debía hacerse. El teniente Monardi, que venía de Marambio, creía que era la única manera de hacerlo. Podríamos decir que ellos dos marcaban los extremos del espectro de opiniones.

El resto de nosotros no hablaba mucho. Sólo frases cortas, sin sentido, como para bajar un poco la tensión que se respiraba. Sabíamos que iba a ser un combate desigual, que llevábamos las de perder. Había un reloj en la pared. Algunos lo mirábamos de refilón, como para que los demás no se dieran cuenta.

En un momento Samudio se quedó mirándolo, como paralizado. De golpe soltó “bueno, pero fijate como en las invasiones inglesas rajamos a los piratas con aceite... ahí estábamos también en inferioridad de condiciones”.

La mayoría asintió con la cabeza, como si ese antecedente nos diera un poco de esperanza. “Pero Piglia dice que el aceite era caro y que” acotó el tano Napoli, despertando en Samudio un seco “Piglia es un pelotudo como vos, zurdo de mierda”.

Tuvimos que separarlos entre varios. Monardi pegó el grito “vamos, ya es hora”. Todos nos callamos. Avanzamos en silencio, sin mirarnos casi. Cada uno sabía lo que tenía que hacer. Después de

todo, en el enfrentamiento anterior habíamos tenido un desempeño no tan malo.

Es cierto, tuvimos algunas bajas, pero si estábamos ahí, tan mal no nos había ido. Samudio, que había sido clave la última vez pegó el grito “vamos carajo, como el viernes pasado”. Eso nos cambió el ánimo. Un espíritu triunfal nos invadió....al pedo. Nos rompieron el orto. Según me dijo el viejo del bufet, jamás había visto a un equipo de oficiales ser tan humillado.

Cuando terminó el partido lo miré a Samudio. Lo único que dijo fue “no todos los viernes pueden ser el viernes pasado”.

Mariano QUINTERO

Milis

Milis es enorme, peluda, suave; tan blanda por fuera, que se diría toda de algodón, como si no tuviera huesos. Mucho más linda que Platero y que todos los otros animales imaginarios. Más linda que la cucaracha en que se convirtió Gregorio. Más linda que Nemo, que Tornado, que Rocinante. Así es ella, la perra que Majita encontró en la calle hace mucho tiempo.

Ahora vive conmigo, yo la cuido. Majita no sabe si tiene seis años, siete o menos, cuatro por ejemplo, o dos. Pero lo cierto es que se trata de una perra medio viejita ya, baquetada por el fluir de los acontecimientos y los días. Camina poco, corre poco, lo que le gusta en la vida es estar tirada, dormir, comer hasta desmayarse. El Ponchi juega con ella, pero no consigue hacer que se mueva.

Juegan quietos, cosa rara en él, que está siempre listo para el vértigo, para la velocidad. A veces le pone hebillas en el pelo o collares o la convierte en un caballo para pasear por el living. A veces la obliga a mirarlo mientras él pasa niveles en la Play. A veces le da charla, le cuenta historias del colegio o de sus programas de tele favoritos.

Para verle los ojos le corremos un poco el pelo. Es tan peluda -y suave y enorme- que parece un muñeco, un peluche. Parece Alf. El Ponchi la mira a los ojos y le dice “Milis, querés jugar a la pelota conmigo”, pero no obtiene respuesta, por eso se apodera de sus orejas y le habla, le dice “¿jugás o no?”.



“Chamán” - Daniel GALLARDO

El enano que llevamos dentro

similares. Aunque también hay cada enano que mejor...

El mío suele alojarse en la zona de la nuca, donde tensa los tendones del cuello y los anuda entre sí, luego engancha sus minidedos en uno y en otro alternativamente y estira y suelta, como si tocara una guitarra. Otras veces se pone detrás de los ojos y salta sobre los globos oculares -del lado de adentro, claro-, presionando en la medida de lo posible algún que otro nervio. Mi enano es fantástico: puede hacer esa prueba durante cuatro y hasta cinco días seguidos sin inmutarse. Y de vez en cuando hace asados en la boca del estómago.

Los enanos también gustan de patear el hígado y a esta altura del año les encanta rastrillar la garganta. Y una típica de enano de niño pequeño es pinchar los tímpanos.

Uno se pasa la vida ahuyentando al enano de aquí y de allá pero el minúsculo ser cada tanto vuelve al ataque, y a la larga va adquiriendo sus ritos y prácticas que repite y repite hasta que un día, cuando uno menos se lo imagina -pero ni un segundo antes de lo que lo haríamos nosotros mismos-, el enano se manda al pecho y desenchufa sin ser consciente de que está determinando su propio fin. Pobre enano...

Yanina BOUCHE

Los vagabundos de Dharma

Es curioso el éxito de *Lost*. Hubo antes relatos que contenían una historia plagada de misterios (*Los expedientes secretos X*) e inclusive relatos que contaran una sola historia principal a lo largo de muchos capítulos (24). Lo novedoso, parece, es el hecho de que la historia principal de *Lost* (que ya lleva 84 capítulos) es una historia plagada de misterios. Es decir, una historia que ya lleva cuatro temporadas construida sobre la ignorancia y el deseo de saber.

En los primeros episodios de la serie proliferan los misterios: extraños movimientos de cámara sugieren la existencia de un monstruo, la aparición de un hombre de traje hace pensar en un fantasma, osos polares aparecen en una isla del Pacífico. Estos primeros misterios son ejemplares por su pobreza. En ellos se ve con claridad la contradicción que estructura todo misterio. Una contradicción en la representación (la gente “ve” con steady cam, y si no se ve con steady cam es porque algo “de otro mundo” amenaza a nuestros héroes), o en lo representado (la gente no viste de traje en las islas desiertas, los osos polares no existen en el Pacífico). Así vistos, los misterios son grumos en el tejido terso de un modo de presentación en otros sentidos tradicional (montaje “invisible”, relaciones “verosímiles” y hasta “típicas”: el triángulo amoroso, el padre bueno pero incomprendido por su hijo, etc.). Pero aquí están esos grumos, y lo que los sostiene es una indeterminación en la asignación de sentidos: uno puede completar como desee esos agujeros, y todas las soluciones podrían ser correctas.

El primer movimiento de *Lost* fue justamente acumular vacíos, de una heterogeneidad pasmosa: misterios biológicos, psicológicos, tecnológicos, y hasta filosóficos. El hallazgo de *Lost*, claro, es elevar la falla que explota toda manifestación misteriosa a otro plano: no se trata sólo de la contradicción en los elementos constitutivos de un verosímil, sino que la misma lógica que sostiene los diferentes misterios se presenta como un espacio vacío, pasible tanto de ser explicada por un solo argumento, como por muchos, casi tantos como misterios.

Pero un misterio, para ser narrativamente eficaz, necesita de algo más que una contradicción. Hay que soportar casi toda la primera temporada para

Hay que soportar casi toda la primera temporada para encontrar algo más que palmeras que se mueven y monstruos que nadie ve.

encontrar algo más que palmeras que se mueven y monstruos que nadie ve. Sobre el final de la temporada, esa contradicción aparente que guía tanto los misterios como su proliferación comienza a limitarse, aparecen enemigos de nuestros “héroes”, se explican algunos hechos y otros se conectan entre sí. El misterio se pone en movimiento, se desplaza y entonces, mientras que se producen nuevos misterios, estos no se acumulan simplemente, sino que se articulan en una secuencia que ya es algo más que una serie de ocurrencias anómalas.

Tomemos por caso los osos polares. Eventualmente descubrimos que los osos fueron llevados a la isla por lo que en la serie de conoce como la “Iniciativa Dharma”. En ese punto, un misterio desaparece y es reemplazado por otro (la pregunta ya no es “¿cómo terminaron ahí los osos?”, sino “¿por qué a alguien se le ocurriría llevar osos a una isla desierta?”). El misterio, entonces, se mueve. Pero, como puede verse, para que se mueva es necesario limitarlo, darle forma, llenar, al menos parcialmente, esos vacíos.

Lo sorprendente de *Lost* es algo que, en rigor de verdad, ya había señalado Tinianov hace ochenta años: la narrativa de misterio es versátil. En la medida en que se lo pueda mantener funcionando (y para mantenerlo funcionando, como demuestra *Lost*, no alcanza con generar vacíos, sino que es necesario un delicado juego entre saber e ignorancia) a él puede engarzarse cualquier tipo de relato. El vacío que comporta un misterio hace que cualquier fragmento de una historia pueda resultar significativo. Quienes seguimos *Lost* pensamos que seguramente las historias que se cuentan en flashback en algún punto deben encajar, de un modo que desconocemos, con lo que sucede en la isla. Un misterio puede hacer encajar cualquier cosa, porque todo puede articularse un poco más adelante. La única condición es que el misterio siga siendo interesante.

La escala del misterio en *Lost*, su condición metanarrativa, su extensión y mutación, el vasto arco de historias y géneros que permite articular hacen a la serie sorprendente y adictiva. Y eso siempre es de agradecer.

Ezequiel DE ROSSO

Haiku

Si tuviera la habilidad de poder escribir así breve como hacen los orientales, sería enteramente más feliz. Pero, lamentablemente para mí y los diagramadores de esta publicación, nací de este lado del mapa: occidental y neurótica. No es que esto signifique que escriba mucho, sino que muchas veces no veo la forma de decir eso que (supongo) quisiera expresar sin dar tantas vueltas que marea la sintaxis.

Si los haikus son o no buenos, es otro cantar. Pero es la quintaesencia de la concentración y el “brevismo” (permítaseme el neologismo). En dos o tres versos a lo sumo, todo un mundo resumido en pocas sílabas. Imaginemos si Proust hubiera sido japonés: 8 tomos reducidos a un par de pares de líneas, como mucho, y ya está: el tiempo recobrado sin tanta lata.

En fin: claramente la precisión del verbo y la claridad del sintagma no se han hecho para mí. En cambio, son bienvenidas las digresiones, los desvíos y las elusiones; Las palabras que derivan y se conjugan en un maremagnum de sinsentido, como a la espera de la revelación. Parece que no se han dado cuenta aún de que no tengo desde hace rato nada más para decir. Por eso, creo que no estaría nada mal que se me permitiera incursionar en el arte de las apariciones bimestrales.

Vanesa PAFUNDO

- Bueno, ¿cómo te llamas?
- Odradek- dice él.
- ¿Y dónde vives?
- Domicilio desconocido - dice, y ríe; claro que es la risa de alguien que no tiene pulmones. Suena más o menos como el susurro de las hojas caídas.

Franz Kafka

Un viaje circular

El capitán explica que la explicación sólo se explica a sí misma, que no hay una explicación que explique al barco.

Nosotros, aprendices, escuchamos y soñamos con mujeres donde anclar. El mar es calmo. Algunos de los tripulantes creen que en verdad –contrario a lo que dice el capitán- nunca zarpamos. Otros, más rotundos, dicen que no existe ninguna costa, que pueden abandonarse los comandos y dormir.

Dicen, también, que los antiguos tripulantes –más inteligentes que nosotros, aseguran- crearon símbolos que extravían la posibilidad de descifrar una dirección, encontrar un final del viaje. Además, agregan, las brújulas están locas y no pueden orientarnos.

Otros niegan el barco, dicen que es un espejismo luminoso; y no faltan los audaces que dicen que sólo se trata de palabras.

El crimen nunca paga

Nuevos villanos vuelven a encontrar secuaces tentados con un futuro lleno de nada.



“Metamorfosis” - Daniel GALLARDO

¿Cómo hacían los villanos de las series de televisión de los años 60/70 para conseguir secuaces? Hombres vestidos iguales, a veces con máscaras, dispuestos a recibir una tunda de parte de superhéroes o simplemente “buenos” que en inferioridad de condiciones los vapuleaban mientras sus jefes huían.

¿Cómo hacían los secuaces para tener una vida normal, llevar sus hijos al colegio, festejarles sus cumpleaños, jugar al fútbol 5 o ir a cenar con sus amigos si se pasaban todo el tiempo en las guaridas esperando a dar el gran golpe o a que algún comedido aliado de la ley los sorprendiera, los amasijara a palos y los entregara a la policía?

Asistentes del Guasón que se caen al compás de onomatopeyas gigantes; ayudantes de los malos de las películas de Bruce Lee proclives al desvanecimiento por manotazo en la parte posterior del cogote; el equipo de carreras automovilísticas de Los Acróbatas en el dibujito de *Meteoro* engrosando estadísticas espeluznantes de accidentes de tránsito; dotaciones enteras del Ejército Alemán en la serie *Combate* campeones post mortem de salto en alto y largo después de una explosión; indios malos de *El*

El casco, las máquinas y hasta nosotros mismos: nada más palabras. Cuando llegan nuevos pasajeros se habla para ampliar el barco.

Esa extensión produce –por su propia contradicción interna, afirman - más seres de palabras y así; hasta la muerte, de la que nunca se habla, porque no habla.

Yo estoy en la cubierta, fumo recostado sobre el murmullo, con el silencio plácido de un recién llegado que siempre estuvo en ese lugar porque ya conoció el vacío y la ceguera, ya supo de los imperativos generales. Algunas veces, sin embargo pienso que nada de esto es cierto. Poco importa, ya que algo he logrado descifrar de este tumulto de palabras.

Germán GARCIA

Gran Chaparral especialistas en morir varios de un solo tiro. Muertos, heridos, magullados, deshonrados, sin jubilación ni ART, no constituyen, sin embargo, ejemplos de lo que no debe imitarse.

Nuevos villanos vuelven a encontrar secuaces tentados con un futuro lleno de nada. Porque si el Pingüino tomaba Ciudad Gótica no premiaba a uno de su *troupe* con el Ministerio de Hacienda, buscaba personajes con mayor proyección. Así es la vida del secuaz y aunque parezca increíble hay toda una caterva de gente que nace para recibir golpes y eventualmente terminar en la cárcel.

Jamás ha llegado el momento de gozar del reparto de los botines obtenidos en sus fechorías, ni de independizarse y poner un maxikiosco o una Pyme. De los billetes con que los villanos encendían sus puros no pudieron llevarse más que las cenizas.

Acaso tampoco les interese o ya lo sepan, pero hay que decirlo porque está a la vista: el crimen nunca paga.

A Madonna
Roberto GÁRRIZ